

Los dispositivos ejemplares de la fábula en Samaniego, Iriarte y algunos neoclásicos rioplatenses

MAISÓN, Ángel Joaquín / Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA) – angeljoaquinmaison@gmail.com

» Palabras clave: siglo XVIII, narratología, neoclasicismo, fábula, exemplum.

> Resumen

En este trabajo presentaremos primero un pequeño inventario de técnicas que predominan en la narrativa didáctica, describiéndolas a partir del concepto de *modalidades narrativas* propuesto por Lubomír Doležel (1999), y colocándolas bajo el rótulo de *dispositivos de la ejemplaridad*. Ya que los textos de ficción generan una pluralidad de mundos con distintos órdenes (deóntico, epistémico, etc.), los mecanismos por los cuales se resuelve el conflicto narrativo son también plurales y heterogéneos. Algunas fábulas obedecen a la lógica deóntica del castigo y la recompensa, mientras que otras culminan con situaciones indeseables; un grupo de ellas muestra la adquisición del conocimiento por parte de un agente, otro grupo, en cambio, satiriza la aparición de creencias necias o risibles. Identificaremos las técnicas más frecuentes en Tomás de Iriarte y Félix María de Samaniego, y confirmaremos la predominancia de ciertos esquemas narrativos sobre otros. Luego, compararemos la producción de estos autores con la de dos fabulistas rioplatenses, Juan Cruz Varela y Domingo de Azcuénaga, a fin de caracterizar los elementos autónomos de sus poéticas frente a los elementos que los identifican con la tradición peninsular.

> **Los dispositivos ejemplares de la fábula en Samaniego, Iriarte y algunos neoclásicos rioplatenses**

El objetivo de este trabajo es desarrollar una tipología de la fábula que satisfaga dos condiciones: primero, que refleje los aportes modernos de la narratología (y evite así caer en generalizaciones *ad hoc* de difícil empleo fuera del estudio de un corpus determinado); segundo, que proporcione una manera de detectar y justificar el predominio de ciertos tipos ejemplares en un período o autor dado. Intentaré demostrar que este pequeño ejercicio taxonómico nos proporciona una visión más acabada de un proceso fundamental en la comunicación humana, el relato ejemplar.

Los intentos por clasificar el enorme caudal de fábulas en la tradición esópica son tan diversos como antiguos. No los dejamos de lado porque carezcan de valor, sino porque responden a otras necesidades de lectura. Aftonio (siglo IV), por ejemplo, las clasifica según la presencia o ausencia de animales y

seres humanos (van Dijk, 2011). Un criterio parecido sigue Christian Wolff, cuya importancia para la teoría de la fábula no puede subestimarse, por su influencia sobre Gotthold E. Lessing y Johann G. Herder (Torra-Mattenklott, 2005). Tomás de Iriarte también se basa en los personajes para la suya, pero con distinto énfasis. Distingue tres tipos: en uno, los personajes son bestias con características comunes a su especie; en otro, hay personajes animales con rasgos únicos; en el tercero, hay seres humanos (Talavera Cuesta, 2007). De las taxonomías mencionadas, ninguna refleja la preocupación propiamente contemporánea por los *tipos de historia*, como sí lo hace el volumen de Francisco Rodríguez Adrados (1999), que registra ocho, recogidos también por Santiago Talavera Cuesta (2007).

En su versión más general, el esquema de Rodríguez Adrados (1999) separa fábulas con agón de las fábulas situacionales y de las etiológicas (que son relato puro), no obstante, el crítico ofrece ocho tipos específicos, basándose en criterios dispares. Así, los tipos I y II, por ejemplo, parecen dos subtipos de un orden superior, en el cual el personaje “débil” se impone ante el “fuerte”. Los tipos III y IV, a su vez, son instancias del personaje “débil” siendo expuesto como tal, develándose su engaño. Las tramas aparecen objetivizadas, descritas al nivel de los hechos, sin una abstracción suficiente, y los personajes se clasifican, según un criterio objetivista, en “débiles” y “fuertes”. Se trata de una opción inadecuada. La “victoria del débil” puede manifestarse de dos maneras sustancialmente distintas: como la recompensa por su astucia o como castigo al poderoso que excede sus propios límites. Asimismo, al insistir en el par situación/agon, se pierde de vista el contraste entre fábulas unipersonales con distinto ensamblaje narrativo. Hay diferencias no menores entre las fábulas¹ I, 7 (“La zorra y el busto”) y IV, 6 (“La zorra y las uvas”), aunque ambas sean, según Rodríguez Adrados (1999), del mismo tipo. En la primera de ellas, no hay ningún vínculo entre la “situación” y la moraleja: el relato podría sustituirse por una simple comparación entre las personas necias y los bustos. En la segunda, el paso de la situación inicial a la situación final es lo que determina la moraleja. A causa de su fracaso, la zorra declara tener una opinión incompatible con la realidad, ya que las uvas le parecían apetecibles unos segundos antes. El parecido es, de hecho, superficial. Las dos fábulas tienen un solo personaje, y en ambas se emite cierta frase memorable luego de encontrarse con un objeto. Sin embargo, si se analiza el vínculo entre máxima moral y ficción, queda claro que el modo de conseguir la ejemplaridad es fundamentalmente distinto.

Por este punto ciego en la tipología, sostenemos que las clasificaciones modernas de la fábula concebidas a partir de la estructura narrativa no sirven a nuestro propósito. En primer lugar, no reflejan de modo adecuado el vínculo entre la enseñanza (el “estado final” al que apunta todo discurso ejemplar) y la trama. Además, combinan criterios temáticos y formales, por lo cual la clasificación, aunque más o menos adecuada para la fábula, es incompatible con otros géneros didácticos, a los que no valdría aplicar dicotomías como fuerte/débil. Nuestro *desideratum* es una tipología del relato didáctico fundado en las

¹ Por comodidad, y para referir a un texto específico, aludo aquí a la versión de Félix María de Samaniego (1991), indicando en números romanos el libro y en números arábigos la fábula. En adelante, cuando se refiera a una fábula sin señalar un autor, debe darse por sentado que se trata de Samaniego.

coordinadas discursivas que aporta la ejemplaridad misma, ese andamiaje que hace funcionar un relato como si fuera un argumento, a través de la analogía.

La *ejemplaridad* puede definirse como la práctica hermenéutica a través de la cual una conclusión general se demuestra con el auxilio de una instancia particular. Ruth Amossy (2012) destaca la importancia del binario desconocido/conocido: la ejemplificación permite evaluar lo nuevo al confrontarlo con lo tradicional. En cierto sentido, la ejemplificación no siempre es narrativa ni lingüística (puede ejemplificarse, por ejemplo, una operación aritmética). El *exemplum* es un tipo discursivo que manifiesta con mucha claridad los procesos de la narrativa didáctica. A los efectos de este trabajo, consideraremos los textos fabulísticos como ficciones ejemplares, amparándonos en la tradición aristotélica, que define al apólogo como la variante del *paradeigma* cuyo rasgo esencial es la ficcionalidad, que lo separa del ejemplo histórico.

Más cerca de nuestro objetivo inicial está la clasificación de relatos ejemplares que ofrecen Claude Bremond, Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt (1996), quienes dividen los *exempla* en dos categorías, según adhieran a una lógica de castigo/recompensa, o den respuesta a un enigma. Teniendo en mente esta tipología, emplearemos la teoría de Lubomír Doležel (1999) acerca de la modalidad como principio estructurador de la narrativa para definir algunos dispositivos de la ejemplaridad. Entendemos por *dispositivo* una estructura narrativa a pequeña escala; en el corpus que nos ocupa, estos dispositivos particularizan una regla de comportamiento, suscitando en el lector la impresión de que esa norma es válida y sensata, por el proceso que Roland Barthes (1970: 203) describe como “capilaridad de la doxa”. El *sentiment agréable* que describe el crítico no es más que una consecuencia del “agradable artificio de la fábula” que emplea Samaniego (1991: 52) al igual que todos los fabulistas.

Según la modalidad deóntica, los agentes de un relato, al obrar, se mueven de acuerdo a una obligación, contra una prohibición, o simplemente hacen algo que les está permitido. Si bien es innegable que un número importante de moralejas evade lo estrictamente moral, no por eso se excluyen de la lógica deóntica del castigo. Por ejemplo, la fábula IV, 24, de Samaniego, en la que un pasajero muere ahogado por su imprudencia al cruzar un torrente apacible, culmina con la voz del narrador afirmando que “pagó su desacuerdo/quedando sepultado/en las alevés aguas sin remedio” (Samaniego, 1991: 131). El mal final se presenta como una justa retribución. Está claro que cruzar el río no estaba prohibido en sentido estricto; no obstante, es una acción imprudente, desaconsejada. El vicio produce consecuencias indeseables. La fábula IV, 12, del león y el ratón, presenta la contraparte de este tipo: la historia de recompensa. Una vez más, no hay obligación en sentido estricto: “conviene al poderoso/para los infelices ser piadoso” (Samaniego, 1991: 121). Pero el relato se plantea de tal modo que la acción bien valorada recibe un final acorde. Se perfilan así dos clases de relato definidas en términos de una acción singular y su consecuencia. Los buenos finales, por corresponderse con una buena acción, constituyen una recompensa. Los malos finales que siguen a una mala acción, en cambio, son un castigo. En algunos casos, ambos dispositivos se dan en tándem: en la fábula IV, 22, se critica al ciervo a la vez que se alaba la pericia del amo.

Otro tipo de fábulas utiliza para su resolución ejemplar la modalidad epistémica, que distingue entre lo conocido, lo desconocido y lo supuesto. Podríamos ponerle el rótulo de *apólogos sobre la sensatez*. Se trata de aquellas historias en las que se pone en juego la veracidad o no de cierta opinión. Podrían asemejarse a los *exempla* de enigma y solución definidos por Bremond *et al.* (1996), en los que el nudo es una pregunta y su desenlace, su respuesta. Tomemos por caso la fábula V, 22, “El jabalí y la zorra”. La acción es simple. La zorra ve al jabalí afilar los colmillos en una encina; le pregunta por qué se ocupa de las armas en tiempo de paz, a lo que su interlocutor responde que “en la paz se prepara el buen guerrero/así como en la calma el marinero” (Samaniego, 1991: 152). Nótese como la acción que es el núcleo didáctico del relato (“prepararse para el futuro”) no tiene consecuencias en el relato mismo, salvo las que puedan proyectarse en un futuro hipotético. Es un dispositivo distinto al que definimos con anterioridad. Si en los relatos con fuerte presencia deóntica la intriga se articula a partir de causas y consecuencias materiales, aquí se destaca la agudeza de ingenio, o la réplica oportuna.

Cada una de las clases hasta aquí mencionadas cuenta a su vez con un inverso, según se altere una de sus coordenadas. En las fábulas de recompensa, por ejemplo, puede sustituirse la recompensa por un estado final indeseable para el sujeto que ha obrado bien. Este es el caso de la fábula IV, 10. En ella, Mustafá, perro viejo y leal, se da cuenta de que “es ladrar a la luna/el alegar servicios al ingrato” (Samaniego, 1991): su amo no lo recompensará por el fiel servicio pasado, pues ya no es de tanta ayuda en cacería. Se trata de una situación de injusticia, algo que no es en absoluto ajeno a la literatura ejemplar. En la fábula II, 5, la tortuga sufre como consecuencia de una combinación de maldad e ingenio por parte del águila y la corneja. La noción misma de los castigos invertidos es el tema de “Los animales y la peste” (III, 2), relato en el que el asno es víctima inocente de una asamblea mucho peor que él mismo. Los dispositivos de la ejemplaridad no dependen en absoluto de una supuesta identificación entre la “justicia” narrativa y la de nuestro mundo. Muchas fábulas, es cierto, amenazan a sus lectores con promesas de males terribles; pero algunas ilustran los ansiados premios que ofrece el mal, en particular cuando se ejecuta con habilidad. Quizás sea este un problema más filosófico y psicológico que literario, no obstante, podemos aventurar algunas razones al respecto. En primer lugar, parecería que los relatos didácticos deben, ante todo, suscitar en el lector cierta impresión de que un modo de obrar es bueno o no. La fábula tiene poder persuasivo porque es verosímil, y es verosímil (en parte) porque se atiene a unas convenciones acerca del modo de obrar de los seres humanos, es decir, porque refleja la *doxa*. Por tanto, suscitar la impresión correcta puede lograrse con dispositivos de signo opuesto: mostrando al malo castigado (sentimiento de justicia) o impune (sentimiento de injusticia). En ambos casos, la historia empuja al auditorio a una reacción ejemplar.

La inversión de las historias de modalidad deóntica no ofrece demasiadas dificultades. ¿Qué ocurre con las que emplean mayormente la modalidad epistémica? Como no están articuladas por una relación estricta de causa-consecuencia que ata una acción a un resultado, no resulta tan sencillo imaginar la categoría negativa correspondiente. Pero se nos ofrecen, de hecho, un número de fábulas (algunas por demás conocidas) cuyos personajes nos dan lo contrario de una opinión sensata. Bien podrían llamarse

las *fábulas de excusas*. Por ejemplo, la de la zorra y las uvas: su único personaje enfrenta el *enigma* (¿por qué no ha comido las uvas?) con una solución ridícula (“porque están verdes”). Y aunque nadie la ponga en evidencia (por eso se trata de una inversión), la necedad de sus palabras tiene luz propia. Lo mismo ocurre en la fábula VI, 7. El avaro no quiere dar de sus bienes hasta morir, la aparición se lo reprocha, a lo que el avaro replica que quizá necesite ese dinero en el futuro. El fantasma le revela, entonces, que morirá pronto. Pero entonces el avaro justifica su propósito inicial: los pobres podrán esperar hasta su testamento. El avaro es un contraejemplo, y su argumentación defectuosa no convencerá, se supone, al auditorio (conociendo el día de su muerte ¿no queda invalidada la excusa del principio?).

La aplicación sistemática de esta tipología o una parecida podría iluminar el *estilo didáctico* de un autor. Hemos intentado comparar, con esta herramienta de estudio, las obras de cuatro fabulistas en lengua castellana, dos son españoles (Félix María de Samaniego y Tomás de Iriarte) y dos son rioplatenses (Domingo de Azcuénaga y Juan Cruz Varela). Como cabría esperar, los dispositivos no están usados aleatoriamente. Los autores prefieren, a menudo, una forma sobre otras². La fábula 11 de Varela (1978), “La perra y el bienteveo”, está inspirada en la de Iriarte (1917) titulada “El oso, la mona y el cerdo”. Se trata de una simplificación. En la de Iriarte, el oso recibe dos opiniones: una, justificada, es negativa; la otra, aunque positiva, viene de alguien que no conoce el tema (en este caso, la danza). El oso se convence de su falta de habilidad no cuando recibe la primera, sino cuando recibe la segunda. Juan Cruz Varela se queda tan solo con el necio que aplaude y, lo que es más destacable, la perra acepta ese juicio. Este es un claro ejemplo de un dispositivo que se invierte. La enseñanza es prácticamente la misma, y consiste en un llamado a no hacer caso a la opinión del necio. Dejando de lado los recursos específicos de cada uno de estos textos, que no viene al caso enumerar, ejercen su influencia a partir de dos esquemas relacionados pero distintos que nos llevan a una máxima idéntica.

Iriarte se dedica casi exclusivamente a lo que Rodríguez Adrados (1999) denominaría *historias con agón verbal*: predominan las intrigas que hemos llamado epistémicas, acerca de qué opinión constituye conocimiento. Podría especularse que este tipo de historia es más afín a la preceptiva literaria, pero lo cierto es que Iriarte emplea con el mismo valor los dispositivos deónticos, como se ve en la fábula 10 (“Los conejos y los perros”) o la 63 (“El burro del aceitero”). Por otro lado, faltan por completo esquemas invertidos de castigo o recompensa, es decir, fábulas como la de Mustafá. Iriarte evita las situaciones de obvia injusticia, lo cual implica una restricción de su idea de “ejemplaridad”. Los relatos ejemplares de Iriarte, cuando implican las consecuencias últimas de un acto, nos muestran un mundo en el que obrar bien, obrar con prudencia y obrar *en nuestro propio beneficio* son sinónimos. Todo lo contrario ocurre en las fábulas de Domingo de Azcuénaga. La primera (“El oso, el toro y el loro”) dedica unos versos a la falta de castigo para un mal cometido: “Pues sabe que en las cultas/ciudades, estos mismos disparates/con iguales resultas/se ven [...]” (Azcuénaga, 1962: 241). La cuarta de ellas muestra

² Conviene dejar en claro que no hay, en principio, una manera de establecer *a priori* la pertinencia de un determinado dispositivo para ejemplificar una máxima: el tema no predice la estructura narrativa.

un mercader que comete una suerte de estafa traficando sátiros que tienen la peste, y que también sale ileso. Quizás la huella de Iriarte esté en la preferencia de Azcuénaga por los argumentos novedosos; no obstante, el fabulista rioplatense crea apólogos de tono marcadamente distinto, de sátira resignada. Dice en “El comerciante y la cotorra”, acerca de los amigos por conveniencia: “pero mientras dure/el nublado en casa/no pienses que vuelva/a verte la cara” (Azcuénaga, 1962: 246).

Tanto Samaniego como Varela recurren a todos los tipos de historia antes mencionados. En ese sentido, es difícil asignarles un carácter personal a sus relatos basándonos en la estructura. Observamos, sin embargo, que en su adaptación de la fábula de Iriarte que señalamos arriba, Varela opta por una versión satírica, con un personaje necio a la cabeza. ¿Puede hablarse de una preferencia en los dos autores rioplatenses por la burla, frente al propósito sincero y didáctico de los españoles? No se trata de ignorar el humor como estrategia en la obra de estos últimos, sino de contrastar el propósito edificante de una literatura prestigiosa (en la península) con la mordacidad política de un periódico rioplatense (Azcuénaga) y el ejercicio distraído de un escritor en su juventud (Varela).

Más allá de su validez como instrumento para generalizar y abstraer las particularidades de cada historia, creo que la pequeña tipología esbozada hasta aquí deriva su valor de la utilidad para leer formas didácticas de la literatura. Se trata del estudio de estructuras a pequeña escala que reaparecen en géneros “mayores”, aquello que Ottmar Ette (2009) llama *nanofilología*. La ejemplaridad parece un fenómeno fundamentalmente estético y, lo que es más importante, un fenómeno que trasciende épocas y regiones geográficas. El estudio de las poéticas neoclásicas, con su legitimación de los discursos ejemplares, aporta datos valiosos a la historia de nuestra retórica y de los relatos que engendramos para persuadir y persuadirnos.

> **Referencias bibliográficas**

Amossy, R. (2012). *L'argumentation dans le discours*. Paris: Armand Colin.

Azcúenaga, D. de (1962). Apéndice. En H. E. Guillén, *La fábula en el Río de la Plata y la obra de Domingo de Azcuénaga*. *Nordeste*, 4, 189-252.

Barthes, R. (1970). L'ancienne rhétorique. *Communications*, 16(1), 172-223.

Bremond, C., Le Goff, J. y Schmitt, J.-C. (1996). *L' "exemplum"*. Turnhout: Brepols.

Doležel, L. (1999). *Heterocósmica. Ficción y mundos posibles*. Madrid: Arco Libros.

Ette, O. (2009). Perspectivas de la nanofilología. *Iberoamericana (2001-)*, 9(36), 109-125.

Iriarte, T. de (1917). *Fábulas literarias*. London: Oxford University Press.

Rodríguez Adrados, F. (1999). *History of the Graeco-Latin Fable*. Volumen I. Leiden: Brill.

Samaniego, F. M.^a de (1991). *Fábulas*. Madrid: Castalia.

- Talavera Cuesta, S. (2007). *La fábula esópica en España en el siglo XVIII*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Torra-Mattenklott, C. (2005). The Fable as Figure: Christian Wolff's Geometric Fable Theory and Its Creative Reception by Lessing and Herder. *Science in Context*, 18(4), 525-552.
- Van Dijk, G.-J. (2011). The Rhetorical Fable Collection of Aphthonius and the Relation between Theory and Practice. *Reinardus*, 23, 186-204.
- Varela, J. C. (1978). *Once fábulas inéditas de Juan Cruz Varela*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura y Educación.